

## CONTINUACIÓN DE LA 30ª SESIÓN ORDINARIA, EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1901

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Se concede permiso por treinta días, al señor diputado Dermidio A. Olmos para faltar á las sesiones.—Se concede permiso al señor diputado doctor Ponciano Vivanco, para aceptar el cargo de vocal del consejo nacional de educación.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

#### DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Bollini, Bouquet Roldán, Capdevila, Carlés, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Esquer, Falcón, Ferrari, Ferreyra, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lassaga, Leguizamón, Loureyro, Luro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Outes, Palacios, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Usandivaras, Vedia, Videla, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Zavalla.

#### AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Luro, Olmos, Usandivaras, Varela Ortiz.

#### CON AVISO

Avellaneda (M. M.), Cantón, Carrasco, Casares, Fourouge, Hernández, Lartigau, Pano, Villanueva.

#### SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Barraza, Billordo, Bores, Berrondo, Bruchmann, Calderón, Carbó, Castellanos (A.), Gigena, Gómez (M.), Lagos, Leiva, Loveyra, Parera (R.), Rivas, Sarmiento.

—En Buenos Aires, á 18 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara reabierta la sesión, siendo las 4 y 5 p.m.

#### ASUNTOS ENTRADOS

##### PETICIONES PARTICULARES

—El director del Conservatorio de música «Río de la Plata» solicita subvención.—(A la comisión de presupuesto).

—El círculo central de obreros de Tucumán adhiere á los proyectos de los señores diputados Balestra y Avellaneda sobre reforma de la ley electoral.—(A la comisión de negocios constitucionales).

##### DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La comisión de obras públicas se expide en los proyectos de ley, en revisión, acordando prórroga á los señores Hopkin, Gardoni y Fettey para ejecutar las obras de las esclusas del Riachuelo, y concediendo al señor J. Lloyd la construcción de una línea férrea desde Chacabuco (Buenos Aires) hasta quinientos kilómetros al oeste de la colonia Sargento Cabral.

—La auxiliar de presupuesto en el proyecto de ley, en revisión, abriendo un crédito por \$ 677.647.33 m/n al departamento de la guerra para pagar certificados por obras realizadas en el cuartel de Liniers.—(A la orden del día).

##### LICENCIA

Buenos Aires, septiembre 18 de 1901.

Al señor presidente de la cámara de diputados de la nación.

En la necesidad imperiosa de ausentarme de esta capital, urgido por asuntos de carácter privado, vengo á solicitar de la honorable cámara permiso para fal-

tar á las sesiones que se efectúen durante treinta días.

Debo hacer presente al señor presidente que no usaré de la licencia que solicito sino por el tiempo mínimo que me sea necesario.

Saluda atentamente al señor presidente,

*D. A. de Olmos.*

**Sr. Presidente**—Como es de práctica, se tratará sobre tablas esta solicitud.

—Se concede la licencia solicitada, con goce de dicta.

#### PERMISO

Buenos Aires, septiembre 18 de 1901.

*Al señor presidente de la honorable cámara de diputados.*

Ruego al señor presidente se sirva recabar de la honorable cámara el permiso necesario para aceptar el cargo de vocal del consejo nacional de educación, para el cual me ha designado el poder ejecutivo.

Saluda al señor presidente atentamente

*Ponciano Vivanco.*

**Sr. Presidente**—Es de práctica también tratar sobre tablas esta clase de solicitudes.

—Se vota si se concede al señor diputado Vivanco el permiso que solicita y resulta afirmativa.

#### ORDEN DEL DIA

##### ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión de los proyectos militares y con la palabra el señor diputado por Corrientes.

**Sr. Balestra**—Señor presidente: no diré que he demostrado,—no llegan á tanto mis pretensiones, y ese juicio corresponde á la cámara,—he transparentado ante mis honorables colegas mi opinión sobre el ejército de línea, considerado con el criterio tradicional y con el criterio ideado para reformarlo por el señor ministro en su proyecto.

Ese nuevo ejército, he dicho, tendrá 1500 voluntarios, que restablecerán parcialmente el sistema del enganche, y tendrá clases enganchadas; por tanto, parte de la base del enganche, como el proyecto de la mayoría. Tampoco es una diferencia entre los dos proyectos la conscripción: los dos conscriben.

Hay, sí, en el proyecto del señor ministro aquella nota poco simpática del personero, de eso que en Bélgica, único pueblo de la Europa que lo tiene,

se llama servicio de *vergüenza nacional*, y que en Alemania es considerado tan atentatorio á la ley del servicio obligatorio misma,—porque el personero es justamente el que no hace servicio obligatorio, y con una suma de dinero se descarga de ese deber el rico para echarlo sobre los hombros del pobre,—que ha sido prohibido por un artículo de la constitución.

Yo he oído á mi distinguido amigo, que ha informado tan notablemente el proyecto de la minoría, haciéndonos concebir con su esfuerzo una verdadera promesa de hombre público para su país, que se trata de una *permuta* y no de un *personero*.

Aquí estamos entre abogados: permuta, es un contrato en que no hay precio; cuando hay precio, se llama compraventa. En el caso propuesto, por una cantidad se compra un año y medio de servicio militar. Hay pues la venta, la locación de servicios que caracteriza al personero!

**Sr. Demaría**—No he de hacer mucha fuerza por sostener la palabra.

**Sr. Balestra**—Es una palabra, en efecto, nada más, y aquí estamos hablando de realidades, no de palabras! Con cambiar el nombre de las cosas no cambiamos las cosas mismas. Retírela, señor diputado; estoy seguro de que en su conciencia noble y alta hay una reprobación sincera contra la implantación del personero.

Llegamos, señor presidente, al último elemento que forma este ejército complejo, en el que ya tenemos voluntarios, conscriptos de quintas, á la española, llegamos á los conscriptos de seis meses, reducibles á cuatro.

Me he explicado ya á este respecto, diciendo que el servicio obligatorio que van hacer estos jóvenes ó ha de ser únicamente una instrucción obligatoria ó ha de ser mal servicio, y mala ó nula instrucción. De suerte que los términos de servicio é instrucción deben representar una sola realidad y son perfectamente equivalentes.

Pero en este punto del proyecto es donde se pasa del sistema de reclutamiento á lo que el señor ministro ha llamado sistema de organización, y que yo, sin ánimo de decir una palabra sarcástica, juzgo honradamente como un proyecto de desorganización militar y constitucional.

Veamos los hechos. Todos los señores diputados conocen el proyecto y tomaré como base ese conocimiento para calcu-

lar sus resultados en la práctica.

Penetra un conscripto en un cuerpo y sirve los cuatro, cinco ó seis meses. Regresa á su provincia. ¿Se creará que vuelve á incorporarse al núcleo de donde salió, con el caudal de práctica y conocimientos adquiridos? No señor: va investido de un nuevo carácter: ya no forma parte de la guardia nacional, forma parte de una cosa nueva aquí, nueva en todos los países, forma parte de la reserva del ejército de línea. Es un soldado de línea. Lo va á ver la honorable cámara en un artículo que el señor ministro ha llamado, con razón, de su punto de vista, el eje de su proyecto. «Los conscriptos de 20 á 28 años, forman parte del ejército de línea, dependiendo exclusivamente del gobierno federal, desde el momento de su enrolamiento, que deberá efectuarse imprescindiblemente dentro de los noventa días de cumplir los diez y nueve años, hasta su pasaje á la guardia nacional al cumplir los veintiocho.»

Quiere decir que ese hombre que regresa á su hogar, se casa, cambia de domicilio y está en todo sometido á la ley común, continúa siendo un soldado de línea y, en consecuencia, debería estar sometido al fuero militar; el ejecutivo no se ha atrevido, sin embargo, á seguir la consecuencia que obligaba la premisa sentada en el artículo que he leído, y sólo lo somete á la ley militar cuando se le llame bajo banderas, lo que es una regla para los guardias nacionales cuando pasan al servicio de la Nación. Y sin embargo ese ciudadano no es un guardia nacional: pertenece al ejército de línea!

He allí el tipo del estado militar híbrido: el ciudadano forma parte del ejército de línea sin estar en las líneas del ejército; no forma parte de la guardia nacional de las provincias, ni hace ejercicio, por más que viva en la localidad como los demás. En consecuencia no será ni ciudadano, ni soldado, ni guardia nacional. No será nada. (*¡Bien! ¡bien!*)

Se habrá instruído, la nación le habrá tenido en sus campamentos, le habrá enseñado, le habrá formado soldado; pero el gobierno de su provincia, que tiene la responsabilidad de la instrucción de la guardia nacional, no lo podrá ocupar como instructor; no lo podrá nombrar oficial porque la nación se lo ha arrebatado por ocho años. Es, señor, un guardia nacional del Papa. (*¡Muy bien!*)

¿Qué esperanza podemos abrigar de que complete su educación militar? Habrá dos cursos, dos meses de repetición en el espacio de los ocho años, dice el proyecto; siendo la clase de cada año de veinte á veinticinco mil hombres, debiendo darse dos cursos de repetición, es decir, diez y seis cursos, corresponden dos cursos por año, ó sea dos clases por cada año. Total: una movilización de cuarenta á cincuenta mil hombres á quienes habrá que trasladar, alimentar, proveer de uniforme, volver á sus hogares. Cien pesos que cueste cada uno, serán cuatro ó cinco millones de pesos. A los que conocen nuestras finanzas, á los que conocen nuestra política, á los experimentados en estas materias, yo les pregunto: ¿mientras no haya peligros exteriores, se realizará esta movilización? Quien se atreverá á usarlo? Y mientras no se realice, el reservista permanecerá en la más absoluta inacción, olvidando lo que aprendió!

¿Cómo se justifica tan extraña concepción? Se lo hemos oído al señor ministro: con un propósito tan útil como ilusorio. Cuando tenga que llamarse á ese individuo bajo banderas, sabrá inmediatamente á dónde ocurrir, pues quedará adscripto á las unidades tácticas formadas: de tal suerte, realizado el reclutamiento, estará realizada la *organización*, á que provee el proyecto con tales cláusulas.

Pero, señor presidente, yo me figuro que un conscripto, durante su período de reservista, ha cambiado de domicilio, se ha casado, tiene intereses que atender, está con su arado labrando la tierra, está en los negocios ú ocupado en cualquiera de las múltiples formas de la vida civil, y un día le llega—si es que le llega—esta noticia, olvidada hace cuatro ó siete años: Usted es del ejército de línea, venga á formar. Pero por qué modo va á ser esto más fácil, en materia de reclutamiento, que el sistema establecido hoy para la guardia nacional, cuando los vínculos que atan al ciudadano en las relaciones civiles son los mismos para el reservista futuro que para el guardia nacional actual, y en cambio el llevar á uno al lejano campamento del ejército de línea es mucho más violento que el llamar al otro con sus vecinos y amigos al cuerpo de guardia nacional local en que están acostumbrados á formar?

¡Si esto es forjarse ilusiones! ¡si este país se moviliza de otra suerte! y el

único resultado práctico á que se ha de llegar innovando sin prudencia, es á dificultar la movilización y destruir la guardia nacional.

Sé la hermosa frase—frase no más—con que se exige estas medidas: es menester *nacionalizar* todo lo referente al ejército de la nación: enrolamiento, reclutamiento, organización. Desde luego salta á la vista la enorme dificultad, casi la imposibilidad práctica y el enorme peligro político de realizar tal programa en este país. Tendrá el gobierno la necesidad, ya lo indicó el señor general Godoy, de establecer á más de la dirección militar en cada región, una oficina militar en cada ciudad, pueblo, aldea ó vecindario, porqué el ciudadano remiso deberá sufrir la coerción militar para cumplir con su deber. Bajo la dirección de esa circunscripción militar estarán las ocho clases de conscriptos que podrán ser llamadas en cualquier momento en que lo resuelva la superioridad.

Pero yo me vuelvo á dirigir á los hombres de experiencia de las provincias argentinas, y les pido recuerden la acción que han ejercido las fuerzas militares, cuando por mucho tiempo han estado en las provincias: les pido que no se hagan ilusiones, que no tengan sólo propósitos generosos, que tengan el coraje de pensar en nuestra patología social y en el peligro de nuestras instituciones! Y todavía hay que notar que las tropas nacionales á que me acabo de referir estaban compuestas de soldados voluntarios y distinguidos jefes, sin vinculación previa de ninguna clase con el orden local: y en este caso vamos á sacar á los ciudadanos que están en la acción palpitante de cada momento, á veces en los principios de una elección, ó en el ardor de una lucha, para formar con ellos los soldados de la circunscripción militar! ¿No aspirarán los jefes militares, hijos de la provincia en que funcione la circunscripción ó vinculados á ella por cualquier causa, á obtener el mando de esas fuerzas? ¿No degenerará la circunscripción militar en una intervención política permanente de la Nación?

Yo no querría, á propósito de esta ley, que nos interesa tanto á todos, ahondar de ninguna manera el estudio de sus funestos efectos una vez que ella entre como factor de las luchas políticas. Pero fíjense los señores diputados que cuando dentro de un organismo se crea otro, cuando á ese organismo se le dota de fuerza y de todos los elementos nece-

sarios para preponderar, es rarísimo que los que tengan la fuerza no la usen y que el sistema primitivo no quede profundamente desnaturalizado.

Voy aún más allá y digo: la constitución argentina no ha querido eso. No voy á tratar la cuestión de la constitucionalidad con espíritu estrecho; me hago la ilusión de que la voy á presentar del punto de vista del conjunto, del punto de vista que tuvieron los constituyentes al hacer ese libro, en cuyo preámbulo se dice, y sea esto un preámbulo de lo que á mi vez voy á decir, que fué decretada para *proveer á la defensa común*. De manera que, dentro de la constitución no falta, no puede faltar racionalmente ninguno de los medios para defender al país en caso de peligro. Más: la constitución ha creado un sistema de organización militar, así como ha creado un sistema económico y un sistema político. Sus autores, que formaban parte de la generación que vivió más entre los azares de la guerra, no olvidaron las lecciones de la experiencia extraña ni de la vida propia, y constituyeron la defensa nacional sobre bases que han resistido á todos los ataques exteriores y conmociones internas.

Examinemos brevemente ese sistema: desde luego, la constitución ha establecido el servicio obligatorio en el artículo 21: «Todo ciudadano argentino está obligado á armarse en defensa de la patria y de esta constitución».

Ha establecido también el sistema regional, ese sistema regional que será una novedad en los pueblos unitarios de Europa; pero que aquí es tan viejo como nuestra existencia misma. Es el sistema federal de gobierno: cada región militar de la República es una de nuestras provincias. Ese es el sistema regional establecido en la constitución. Ahora vamos á verlo, leyendo su texto en las prescripciones relativas á la organización de las fuerzas y su comando.

En ella se encuentra establecido el comando de las fuerzas de la República tan clara como sabiamente, atribuyéndose en primer término las funciones militares á las altas autoridades políticas del país. Voy á demostrarlo.

Leo: «El presidente de la República es el comandante en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de la nación». (Artículo 86, inciso 15.)

El presidente de la República puede ser un civil que no sepa disparar una pistola, como decía Sarmiento de Ave-



llanada. Sin embargo, ese es el jefe de todas las fuerzas de mar y tierra, y sus facultades van hasta proveer todos los empleos militares, y disponer de las fuerzas militares marítimas y terrestres, corriendo con su organización y distribución.

¿Por qué? Porque esta constitución, cuyo origen, cuya fuente es el sufragio universal, funda todas las funciones públicas en la soberanía del pueblo, en el ejercicio de la función política que á juicio del señor ministro constituye un peligro que desnaturaliza la organización militar. La política, en el alto sentido de la palabra, en el sentido del ejercicio de la actividad cívica, para obtener el gobierno y en el ejercicio del gobierno mismo, constituye empero la base de que parte la constitución al organizar las fuerzas militares del país.

El presidente de la República es el jefe de todas las fuerzas de mar y de tierra, no porque sea una competencia militar, sino porque es el exponente de la mayor suma de voluntades políticas de la nación. (*Muy bien!*) Y así, aunque sea simplemente un ciudadano, á él se le entrega el comando en jefe de las fuerzas de la nación: no se le encarga á un cuerpo técnico, ni es permitido, por la constitución argentina que se mande traer oficiales extranjeros, para constituirlos en una especie de dictadores militares.

Ahora vamos á los gobernadores. Los gobernadores de provincia son los agentes naturales del gobierno general, para hacer cumplir la constitución y las leyes de la nación (art. 110). Luego, por la constitución, el presidente es la primera autoridad militar; su agente inmediato, dentro de una provincia, agente por sobre el cual no se puede saltar, puesto que por eso es agente, para que no se salte por sobre de él, es el gobernador de esa provincia. (*¡Bien! muy bien!*)

Y qué es lo que se ha buscado con eso? ¿Por qué la constitución no ha indicado ni permitido siquiera que el presidente enviara un jefe militar á cada provincia para que lo representara dirigiendo la organización de las fuerzas militares?

La razón es la misma que explica el comando en jefe del presidente: cada gobernador siendo la encarnación de la mayor suma de voluntades políticas que actúan dentro del organismo provincial, ha sido investido del comando á efecto de que el régimen militar derive de la

mayor suma de voluntades, único título constitucional para imponerse á todos y para ejercer la representación de los intereses generales.

El presidente de la República en una sola parte ejerce su autoridad inmediata y local: en la capital de la República; en las provincias, necesita valerse de sus agentes naturales.

Creada de esta manera por la constitución la alta jefatura militar de la nación y las circunscripciones militares en las provincias, con un jefe en cada una de ellas, que es su gobernador, ha pasado ella á legislar sobre las milicias.

Es conocido el sistema tan sencillo y claro de nuestra constitución. El congreso dicta las leyes de organización, armamento, disciplina, etc. pero las provincias son las que las aplican. Sólo en el caso de que una provincia se niegue á aplicar las disposiciones nacionales, sería el momento de intervenir con medidas coercitivas.

Las milicias son de la nación cuando el congreso autoriza su reunión para hacer ejecutar las leyes, y en caso de insurrección ó invasión (art. 67, inc. 24). Pero á los efectos del «cuidado de establecer en las milicias la disciplina prescripta por el congreso y del nombramiento de sus jefes y oficiales» (*el mismo inciso*), son de las provincias. Las provincias por su propia deliberación no pueden levantar ejércitos, pero pueden movilizar milicias, en dos casos: en el de un peligro tan inminente que no dé lugar á espera alguna, y en el de una invasión exterior (art. 108). En ambos casos la provincia representa á la nación, en su territorio propio.

Estas prescripciones son sabias y previsoras.

En el caso que yo citaba ayer de la invasión paraguaya, y la ocupación de Corrientes, hechos que se produjeron de sorpresa, en época en que no existían telégrafos, el gobernador Lagraña dictó un decreto, ejercitando esta facultad, y convocó á todos los hombres de 16 á 70 años bajo las armas, so pena de considerarlos como traidores á la patria; en breves días estuvo formado un ejército de seis mil hombres, que no perdió un sólo momento el contacto con las fuerzas paraguayas, á pesar de que éstas eran tropas perfectamente regulares. El país empezó, pues, su defensa por medio del agente natural del presidente, antes que la Nación tuviera noticias siquiera de lo que ocurría.

El sistema de la constitución, siendo el sistema de vida del país, presenta recursos tan eficaces como espontáneos: donde se toca á la República se encuentra un órgano del poder militar. En cualquier provincia, está el gobernador, el hombre más vinculado con todos, el hombre que puede obrar sobre los caudillos, sobre todas las influencias políticas, sobre todas las influencias militares; el hombre más eficaz, en una palabra, —por algo se es gobernador de la provincial— para poder inmediatamente proveer á la defensa común.

Y con solo recorrer algunos hechos contemporáneos, probaría al señor ministro que mediante tal sistema se han hecho maravillas de movilización, no con motivo de conflictos internacionales, que felizmente no hemos tenido, sino con motivo de nuestras luchas políticas, las cuales, partiendo de la base de la división interna de las opiniones, nunca pueden presentar la uniformidad ni el entusiasmo que suscitan las guerras con el extranjero.

Podría citar uno por uno hombres que se sientan en esta cámara y decir: aquel mandó en tal ocasión treinta mil hombres en treinta y seis horas, aquel otro veinte mil etc., en momentos que peligraba la autoridad nacional y los gobernadores de las provincias acudían con las fuerzas locales á sostenerla. Se han hecho verdaderas proezas que en ocasiones han derramado sobre esta capital en tres ó cuatro días más de sesenta mil hombres, que se habrían duplicado si no se hubiera ordenado la suspensión del envío de fuerzas. Esa es la manera de movilizar, según la constitución: esos son sus resultados, de todos conocidos.

¿Por qué hemos de ir á buscar reglas de conducta en los sistemas tan complicados de los prusianos y de los franceses y calcular nuestras dificultades por los telegramas de Mac-Mahon que ayer se citaban? Si hasta se ha admitido que un enemigo podría llegar tranquilo hasta Mendoza, como si en Mendoza no estuviera aún el campo del Plumerillo en que San Martín formó el ejército que dió libertad á este pueblo y otros cercanos, y los mendocinos no hubieran de convocarse como un solo hombre en él, para detener al invasor extranjero! (*Aplausos*).

Volviendo á los soldados de línea, de reserva, ó híbridos, del proyecto ministerial, me atrevo á afirmar que el día que un gobernador de provincia llama-

ra á ejercicios doctrinales á uno de estos conscriptos de cuatro ó seis meses y este se negara á formar en las filas de la guardia nacional, so pretexto que forma parte de la reserva del ejército de línea, el gobernador podría llevarlo por la fuerza, en la seguridad de que si ese conscripto acudiera al juez federal diciendo:—no debo servir, porque estoy en el ejército de la nación,—no habría juez que no le dijera: en nombre de la constitución, contra la cual no puede haber ninguna ley de la nación que lo libre del servicio de la guardia nacional, tiene que servir. (*¡Bien, muy bien!*)

La constitución exige, de tal suerte, más que el proyecto del señor ministro: cuando el ciudadano está bajo banderas, al servicio de la nación, entonces únicamente deja de estar fuera de la guardia nacional; pero cuando está formando parte de la sociedad civil como ciudadano, es irremisiblemente un guardia nacional, sin que ley alguna pueda eximirlo de esos deberes creados por la constitución.

La guardia nacional es la institución en que verdaderamente radica la fuerza de una nación. Es el ciudadano que, en medio de sus tareas habituales, se reúne en cualquier parte; nombra sus jefes y oficiales por intermedio de la autoridad local,—el ideal sería por elección directa, pero los nombrados salen de entre los suyos,—á efecto de que la fuerza militar que constituyan conserve los vínculos y los prestigios que dan solidez á la vida civil. Cuando el señor diputado Falcón nos refería la poca solidez de aquellos guardias nacionales que se le cortaban en pelotones, apesar de estar mandados con total corrección de un oficial recién salido del colegio militar, todos pensábamos que, si esa tropa no servía era porque tenía un oficial que no era el viejo coronel, el capitán, el caudillo conocido, el vecino de la localidad que quizá no la hubiera mandado con corrección táctica pero que seguramente hubiera sabido estimularlos para que se condujeran como bravos.

Esta guardia nacional, dados los adelantos que ha hecho el arte de la guerra, indudablemente necesita instrucción; pero yo me figuro esa instrucción en esta forma: una parte de aquella guardia nacional concurre al cuadro de jefes y oficiales de línea á recibir instrucción; se forman allí los batallones; aprenden todo lo necesario para el arte de la

guerra y la discusión viene á quedar reducida, entonces, á saber qué tiempo deben permanecer en ese cuadro.

He oído las razones que se han dado; he leído bastante al respecto; pero á mí se me ocurre esto: ¿por qué no ha de haber diferencia en la capacidad de los hombres? ¿Por qué unos no han de aprender más pronto que otros?

Y concibo esta forma para esa instrucción. El curso está dividido en cuatro períodos de tres meses cada uno, que corresponden á otras tantas divisiones del contingente. Entra un cuarto del contingente y á los tres meses se somete á una inspección. ¿Es capaz? Se lo licencia. Hay algunos que aun no son capaces? Continúan otro curso de tres meses con el otro cuarto del contingente que ha ingresado. Así tendríamos esa instrucción hecha carne, sin tener todo el aspecto de un servicio penoso, sin suscitar la idea de violencia que suscita en todo el mundo el servicio militar obligatorio. De ese modo conseguiremos dos resultados: conservar nuestras tradiciones militares adquiriendo toda la preparación militar necesaria, popularizando, y prestijando en el seno de las poblaciones la enseñanza militar;—y no privar al país de estas fuerzas efectivas, de estos factores económicos cuya falta en la producción no se ve aparentemente, pero que será enormemente dañosa en el momento de crisis que atraviesa y atravesará por largo tiempo el país.

Ese sistema de la constitución que he descrito, y dentro del cual se han encuadrado todas mis reflexiones, no es una teorización, no es un mero argumento del debate: es una realidad consignada en nuestra historia con caracteres sangrientos.

Como comprobación voy á hablar sobre una guerra nacional, no con el criterio del arte militar, sino con el espíritu de observación de nuestra índole popular y deficiente de nuestras instituciones, en el único caso de guerra extranjera que hayamos tenido después de la constitución. Voy á hablar de la guerra del Paraguay!

Las nuevas generaciones argentinas, especialmente las militares, suelen tener una sonrisa ironica para aquellos hechos. Juzgan, al ver una nación como el Paraguay, pobre, desvalida, despoblada, y tres naciones ricas, vigorosas, que en otros días la vencieran, que aquella lucha fué tan sólo el abuso del

fuerte contra el débil. Pero en tal juicio no hay equidad ni gratitud.

Habíase desarrollado en la nación del norte, desde los primeros días de su organización, una deformidad cesárea, que si bien constituía una enorme enfermedad política, preparaba singularmente á aquel pueblo para las artes de la guerra. Washington ha dicho que un ejército es un despotismo. Y cuando un pueblo acepta un despotismo, fanatizado, y es capaz de ofrecerle su vida, su dinero, y cuanto tiene de más querido al poder absoluto, todo el pueblo es un ejército. Tal era el caso del Paraguay.

El tirano López no era un hombre vulgar. Tenía una elocuencia impetuosa con la que fanatizaba á su pueblo, y podía hablar varios idiomas civilizados, lo mismo que el guaraní, con el cual llegaba á la intimidad de sus conciudadanos! Aquel hombre había viajado por la Europa, siendo agasajado como príncipe, por Napoleón III, empeñado al parecer en ungirlo como el representante en la América del Sud de las tendencias cesáreas del triste héroe de la restauración francesa.

Pero aparte de esto, López había traído los grandes adelantos militares del siglo y los había incorporado, con miras bélicas, á su país. En el año anterior á la guerra hizo un telégrafo de doscientas setenta millas, desde la Asunción hasta el paso de la Patria; construyó ferrocarriles; tenía un cuerpo de sanidad y varios ingenieros ingleses que fueron los que construyeron las fortificaciones. Pero aquí viene lo más grave de todo. Tenía el Paraguay un ejército de 28.000 veteranos; y desde que meditó traer la guerra á la Argentina, guerra que empezó el 13 de abril de 1865, como es sabido, se ocupó en disciplinar tropas y así desde el mes de marzo de 1864 hasta el mes de agosto formó y equipó en campamentos militares ochenta y tantos mil hombres, de manera que al comenzar la guerra el futuro Tamerlán americano, era la potencia militar más grande que yo sepa haya existido en Sud América.

¿Qué diríamos hoy si presenciáramos semejante espectáculo en un pueblo vecino? La República Argentina casi no tenía ejército: lo dice Thompson, el escritor más parcial sobre la guerra del Paraguay; el Brasil tenía 25.000 hombres; la República Oriental, un puñado de valientes.

En tales circunstancias se nos declaró la guerra de la manera más alevé, por-

que empezó asaltando un puerto argentino, tomando las pequeñas y casi indefensas navés que allí estaban fondeadas y produciendo inmediatamente la ocupación militar.

En ese momento es donde yo veo la acción de la guardia nacional; lo dice el mismo Thompson; Buenos Aires voló ante la noticia! Corrió á la casa del general Mitre, á la casa del Presidente, que reunía los caracteres de la primera autoridad, y los del primer prestigio, en nombre del cual se llega á la presidencia, y este hombre de grandes previsiones, ese gobernante que debía estar abrumado por la responsabilidad y la gravedad de las circunstancias, tuvo la palabra de aquellos momentos. Le dijo: Dentro de veinticuatro horas en los cuarteles, dentro de 15 días en campaña y á los tres meses en la Asunción.

No sería exacta la última predicción, pero yo le desearía á mi patria en cualquier momento análogo, que tuviera otro Mitre que la animara de esa suerte! (*Muy bien! Aplausos.*)

Se decretó la inmediata movilización de tantos y tantos batallones, y todo el mundo corrió á los cuarteles, como ha de correr siempre el argentino en un caso de guerra, en que el ardor bélico ha de superar á las previsiones frías de la disciplina y la organización, en que las reglas de la escuela han de verse excedidas por actos de arrojo que no serán correctos, pero darán el triunfo. Hay algo de atávico que ha de singularizar siempre nuestras guerras: yo, señor ministro, en el 90 ví á dos oficiales de los más distinguidos de nuestra escuela, dos oficiales que podrían ir á servir de profesores de artillería en las escuelas de Alemania—los nombraré: el coronel Day y el coronel Sarmiento—que se desmontaban piezas de cañón Krupp á dos cuadras de distancia. (*Aplausos.*)

Fuimos al Paraguay é hicimos la guerra á la americana: la tendremos que hacer siempre así, porque las enormes distancias, las dificultades, el carácter de nuestro pueblo, todo, nos ha de impedir esta organización seria, previsorá; esos planes minuciosos que pueden resultar en sociedades que tienen siglos de vida, en que cada molécula ocupa ya su puesto; pero que son inaplicables en pueblos inorgánicos cuya evolución tiene reglas y formas nuevas.

Y bien; yo quiero contar cómo se combatió en la guerra del Paraguay. No creo que el breve momento que voy á tomar á la cámara haya de ser perdido,

cuando en este lugar, donde popularmente representada se sienta y hace sus leyes la nación, se narre cómo combatieron guardias nacionales y soldados veteranos, unidos en el esfuerzo, en la muerte y en la victoria. Permitidme, pues, señores, arrancar una página de aquella historia y proyectarla desde este elevado recinto ante la nación.

Hacia varios días que se combatía en frente de unas trincheras escondidas en el bosque, cuya sigilosa construcción, según el historiador Thompson, había sido revelada á los aliados por el fogonazo fantástico de un torpedo de mil quinientas libras de pólvora, que explotó en el río cercano, en medio de la noche. El campo de batalla era extenso, pero había, allá, en su izquierda, un abra negra, especie de desfiladero de treinta metros de ancho por trescientos de fondo, en cuya extremidad se erguía siniestra una trinchera, en que se apiñaban cañones y hormigueaban enemigos! Tomar esa trinchera, cruzar al asalto aquel Boquerón, pronto á incendiarse como una fragua, era el anhelo de los combatientes y la condición de la victoria.

Dos días ya iban transcurridos en un continuo estruendo de batalla por toda la extensión de los ejércitos, empeñados en sobrepasar la medida de la resistencia humana, pues hubo día en que se combatió diez y seis horas continuas! Mas el boquerón permanecía inaccesible, sombrío, respetado!

«El 18 de julio de 1866, el general Flores, jefe de la izquierda, ordenó que se llevara el ataque á la pequeña trinchera que defendía la entrada del potrero Sauce—el boquerón! Ese ataque fué realizado por los brasileros y orientales, que llegaron á muy corta distancia de la trinchera, cuando tuvieron que replegarse obligados por el terrible fuego de enfilada que les hacía la artillería.

«El general Flores, ardiendo de coraje, ordenó inmediatamente que se llevara un nuevo ataque á la trinchera y esta vez una división argentina se unió á la oriental. Al desembocar en el boquerón, la trinchera y el bosque se incendiaron como un volcán. Fué tal la rapidez del fuego de la artillería paraguaya, que la mitad de ella se desmontó; y aunque el resto y la mosquetería hacían grandes estragos en las fuerzas que descendían en columna cerrada por aquel largo callejón, avanzaron con tal denuesto que, colmando el foso con sus cadáveres, tomaron la trinchera y su ar-



tillería, matando á todos los soldados que la defendían y enarbolando la bandera argentina.» *(Grandes aplausos.)*

Pues bien: esa división argentina estaba compuesta por batallones que—algunos—no habían entrado todavía al fuego; se llamaba División del Interior, la mandaba el coronel Cesáreo Domínguez y era compuesta de puros guardias nacionales. *(Aplausos en las bancas y la barra.)*

Y si algo faltara para demostrar que este juicio no es un panegírico, os diré que las palabras que acaban de ser escuchadas con tanta benevolencia las he confiado lealmente á mi memoria, tomándolos de un autor inglés, Thompson—no porque fuera inglés, sino porque fué el ingeniero militar de López, que construyó las trincheras del Boquerón. Su narración es el testimonio irrecusable del enemigo vencido á la guardia nacional victoriosa. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

Mas, la posición era insostenible, porque detrás de la trinchera estaba todo el ejército paraguayo, y la división después de tomarla, se retiró cubierta de gloria.

No debía de terminar allí, empero, el certamen de heroísmo que había tomado por teatro aquel boqueron y aquella trinchera. El general en jefe; don Emilio Mitre, informado de lo que sucede, acude al campo y da la orden, grande como un juramento supremo, de que el 2 de línea «tome la batería á la bayoneta sin tirar un tiro» y el batallón de guardias nacionales de Mateo Martínez apoye el ataque! El cuerpo veterano avanza imponente y en silencio hasta el pie de la fortificación, recibiendo las granadas á boca de jarro ..... y en aquel momento feroz, entre la erupción de la trinchera que hace trepidar el suelo, en medio del humo, el fuego y la metralla, se destaca una escena digna del heroísmo antiguo: Un joven porteño, abanderado del batallón, lanza un grito de victoria *(El señor ministro de la guerra se levanta y estrecha la mano al diputado coronel Dantas)*, agita el trapo sagrado, corre seguido de varios camaradas, asalta la trinchera y clava sobre sus murallas la bandera de la patria recibiendo una descarga que lo voltea moribundo!.. *(El diputado Dantas abraza al orador. Bravos y aplausos en la cámara. Las galerías prorrumpen en aclamaciones y aplausos prolongados. Varios señores diputados felicitan al diputado Dantas y al orador.)*

No he terminado, señor: y he de ven-

cer mi propia emoción para completar el recuerdo. Uno de los camaradas que lo han seguido, Teodoro García, arranca de las manos crispadas del moribundo la bandera que no quiere soltar ni en la muerte y la alcanza á Pancho Bosch;—me parece que su sombra me escucha desde ese asiento! *(Señala la banca del exdiputado general Bosch. Movimiento en la cámara)* y aquel grupo de valientes se retira custodiando la insignia más amada que la vida! *(Aplausos en la cámara y en la barra.)*

Pero falta todavía una acción: falta el arranque espontáneo del soldado, de esos pobres enganchados de la tropa de línea argentina. El batallón va á partir, todos sus jefes y oficiales están muertos ó heridos, y el gallardo jefe de guardia nacional, Mateo Martínez, ha tomado el mando de las fuerzas diezmadadas. Entre tanto, allá sobre la trinchera, ha quedado moribundo el abanderado. Su asistente, un soldado, Flores, que hasta hoy es sargento de un batallón de línea, no quiere dejar el cadáver de su oficial en poder del enemigo: convida á algunos compañeros y atropellando de nuevo la trinchera, se echa al hombro el cuerpo moribundo y se retiran bravíos, en la actitud sencilla y heroica de un grupo homérico! Es fama que el feroz paraguayo, indomable por la muerte y el estrago, se sintió conmovido ante la fidelidad y el valor de esos humildes soldados y con un signo de su espada y palabra guaraní que traicionaba su admiración mandó cesar el fuego en aquel instante! *(Bravos y aplausos prolongados en la cámara y en las galerías.)*

Y bien, señor presidente: ¿no se nos pedía ayer gloria y experiencia militar?

Acabo de oírlo reconocer, con palabra íntima y conmovida, al miembro informante de la minoría. Sí, Dantas, aquel joven abanderado, que salvó milagrosamente, es uno de los firmantes del despacho de la mayoría de la comisión de guerra. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

Volviendo ahora á las observaciones que suscita la guerra del Paraguay, todos sabemos que las fuerzas de López fueron vencidas, deshechas por los ejércitos improvisados, sin conseguir más que una victoria en los centenares de batallas y combates que se libraron en su propio territorio.

¿Cuál es la causa de esa serie de desastres, de la inferioridad tan manifiesta en el comando y en la tropa de ese país militarizado, que siempre fué vencido, cuando atacó el territorio ajeno

y cuando defendió el propio? El soldado paraguayo era valiente y profundamente disciplinado; sabía tirar, había cuerpos como el que estuvo de guarnición en Humaitá, cuya ración diaria eran tres cartuchos á bala para cazar,—sabía leer: el señor diputado Ezquer que presencié de niño la ocupación de Corrientes nos refería hace poco que los soldados paraguayos formados en la plaza, al poner las armas á discreción sacaban periódicos y se ponían á leer: por último era fanáticamente adicto á sus jefes y heroicamente á su patria, que identificaba en la persona de López. Aquella figura de un coronel con los pulmones atravesados por una bala, que se arrastra cuatro días por entre el bosque, seguido de su asistente también herido, hasta que anonadado por el sufrimiento pide al asistente que lo mate para no caer en poder del enemigo y le entrega su kepí y su espada para que se los lleve á López y le diga que ha cumplido su deber hasta el último momento, es la representación verídica del espíritu que reinaba uniformemente en el ejército paraguayo, desde los generales hasta los niños reclutas que formaron en sus filas en la última hora del desastre.

¿Por qué fueron vencidos entonces? Este es un problema que desde el punto de vista exclusivamente técnico, en lo militar, y desde el punto de vista político, que hace del cesarismo y de la militarización de los pueblos el único ideal guerrero, ha de ofrecer siempre las más serias dificultades para ser explicado; pero que desde el punto de vista sociológico, encuentra una explicación tan llana como visible y comprobable en la historia humana. Los pueblos enfermos en su régimen social, que alteran el funcionamiento natural de la vida, afectados de la gangrena, de la corrupción, del delirio de la fuerza ó de cualquier otra anomalía que destruya ó entorpezca sus espontaneidades, por más fuerza aparente que muestren, están heridos de una debilidad íntima. *(¡Muy bien! ¡muy bien!)*

La Francia del 70 ofrece otro ejemplo muy sugestivo. El ejército imperial en que Napoleón fundaba sus ensueños de conquistador, quedó deshecho en la primera jornada, en Metz y Sedán, comprometiendo con rendiciones vergonzosas hasta el honor de la nación. Pero ese día se levanta el pueblo francés, hace verdaderamente suya una guerra que hasta entonces sólo había sido

del emperador, y brota de las entrañas de la nación una fuerza poderosa, que el militarismo de Napoleón III había olvidado. Esa fuerza se llama la defensa nacional; levanta en breve bajo la actividad febril de Gambetta un millón doscientos mil hombres; contiene tres veces más tiempo que el ejército napoleónico al alemán invasor, y si no puede vencerlo, porque pelea sin armas, sin preparación, sin estar instruido, contra un ejército victorioso y admirablemente calculado para la invasión, en cambio retempla á la nación desfalleciente, le da la conciencia de que en su seno hay fuerzas invencibles para el día en que el imperialismo sea reemplazado por la fuerza popular, y le sugiere el anhelo del triunfo moral pagando la contribución de guerra á la vez que la energía de buscar la revancha levantando de nuevo la Francia á la categoría de potencia de primer orden. *(¡Bien, bien!)*

He allí la acción espontánea del pueblo...

**Sr. Castellanos (J.).**—Argumento en favor del servicio obligatorio.

**Sr. Balestra** — Absolutamente no, señor; argumento en favor de la idea de no separar, por el servicio obligatorio al militar del ciudadano, sino de convertirlos en una sola fuerza, para que cuando una nación vaya á la guerra, no se puede decir como en la primera parte de la campaña francesa del 70, que fué su ejército, pero no fué su pueblo. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

Desde entonces quedaron aquellas dos países —y su situación se reflejó en sus respectivos aliados— con el arma al brazo: el uno, ansiando la revancha; el otro defendiendo la presa; en situación tan especial y propia, con tales heridas, con tales odios, que fuera error grave parangonar su estado con la situación de otras naciones. Una vecindad sin obstáculos naturales que pone las respectivas capitales á tres jornadas de marcha de la frontera, las obliga á tener enormes efectivos en pie de guerra, porque de otra suerte un golpe audaz del enemigo pondría inmediatamente á la nación invadida en la imposibilidad de movilizar y concentrar su ejército.

Esa es la verdadera razón del servicio obligatorio alemán y francés: su fin real es tener á la nación sobre las armas y no instruir militarmente á la nación, único ideal que como preparación militar pueda ser aceptada por todo

pueblo sin peligros inminentes de guerra.

Por fin y para presentar el ejemplo contrario de lo que puede en la guerra un organismo sano, con el régimen de las milicias que confunde la nación y el ejército, en una sola fuerza militar, recordemos á los Estados Unidos, que si es cierto que no tienen vecinos peligrosos, como se ha recordado, no por eso han dejado de tener una gran guerra con enemigos más cercanos que cualquier vecino, pues la tuvieron entre sus propias regiones: entre el norte y el sud. Al estallar la guerra de secesión la invariable vida de trabajo de aquella colmena, la más laboriosa de la especie humana, no dejaba sospechar que del pequeño ejército de línea—que apenas alcanzaba á 15.000 plazas—surgieran generales capaces de manejar ejércitos de centenares de miles de hombres; ni que de aquellos labriegos, hacendados, industriales, operarios y comerciantes se forman soldados de primer orden, inventores felices, tácticos y estratégicos notables.

El curso de la guerra reveló al mundo asombrado, que los métodos que un pueblo vigoroso emplea para conquistar su bienestar en el trabajo diario, una vez transformados en esfuerzo bélico, constituyen la más formidable de las organizaciones militares. Los generales del norte y sud, Sherman y Lee, son considerados por el fallo militar unánime, dos de los más grandes hombres de guerra de su siglo. Todas las armas recibieron adelantos que hicieron modificar las reglas del arte europeo. El uso y organización de la caballería americana sirvió de enseñanza á la caballería alemana, según el mayor Scheibert. Respecto á la artillería, de esa guerra data el uso de los gruesos calibres rayados en la artillería de sitio y nuevas vistas por tanto respecto á fortificación; los monitores y torpedos fueron una novedad sensacional que abrió direcciones seguidas por todas las naciones en materia de guerra naval.

El general Lee fué creador de una nueva táctica de infantería y en la defensa estratégica, el ejército sudista presentó un ejemplo que fué admirado por los estados mayores del mundo.

Al concluir la guerra, después de varios años, en ese final de largas campañas, tan propenso á la indisciplina, que ni los ejércitos de Napoleón, ni el ejército prusiano en la guerra del 70, escaparon á su acción, los ejércitos de la guerra de

secesión que sumaban 800.000 hombres, y cuya disciplina había sido notable, se disolvieron tranquilamente, volviendo los soldados sin recompensas, ni recriminaciones, á labrar la tierra, impulsar la industria y desarrollar el comercio, para lo cual eran tan aptos aquellos soldados, como habían sido aptos para soldados los agricultores, obreros y comerciantes, el día que se les llamó á las armas.

No es pues el criterio técnico sobre la guerra, el único ni el más seguro de los criterios; porque si bien es cierto que los procedimientos de la guerra son eminentemente científicos, y como tales susceptibles de demostración experimental, el elemento que origina sostiene y caracteriza la guerra, el que la hace, en el sentido completo de la palabra no es el ejército,—que es sólo un elemento—es el pueblo que crea, ó se convierte él mismo en ejército. Así se ha visto muchas veces ejércitos que no encarnaban un pueblo y pueblos que no tenían un ejército, y la lección casi invariable de la historia es que cuando la acción de un ejército no es el trasunto de una pasión patriótica de la masa, puede sucumbir, sin esperanzas de reacción; pero cuando un pueblo, aun sin ejército, es capaz de sentir virilmente todo el arrebato, todo el furor guerrero que suscitan las grandes causas ó los grandes desastres, tiene un poder creador y una fuerza impulsiva verdaderamente enorme. Para ser vencido tiene que ser aniquilado!

Gneisseneau, compañero de Scharnhorst en la comisión de reorganización militar prusiana de 1808, explicando el poder militar enorme de la Francia en aquellos días, lo decía: «Una causa principal ha elevado á Francia á tal altura: es que la revolución ha despertado todas las energías del país, y asignado á cada una de ellas el radio de acción que comportaba. Qué fuerzas infinitas dormitan, rudimentarias é inutilizadas en el seno de una nación! Mientras que un imperio se hunde en la debilidad y la vergüenza, un Julio César trabaja acaso, en una aldea apartada: un Epaminondas alcanza apenas á nutrirse con el producto de su trabajo.» ¿Y qué han sido la mayor parte de los grandes hombres de guerra, sino el fruto de la acción popular en la hora de las grandes conmociones?

Cromwell, el verdadero creador de la táctica de caballería, de cuyo ejército ha dicho en nuestros días Wolseley que fué el ejército mejor adiestrado que

jamás haya tenido la Inglaterra, fué un cervecero que debutó en la carrera de las armas á los 42 años. ¿Sus tenientes Ireton y Lambert no fueron simples estudiantes y Harrison un carnicero?

¿No fué Washington un plantador que á los 43 años fué nombrado de golpe general y obtuvo grandes victorias?

¿Qué fué Belgrano? ¿qué Bolívar?

¿Qué experiencia militar tenían los grandes generales de la revolución francesa cuando fueron improvisados oficiales por elección de sus camaradas? Murat, el caballero sin igual, era un estudiante de derecho, que llegó á suboficial y fué dado de baja por insubordinación, cuando lo eligieron subteniente en 1791; Ney, hijo de un artesano soldado en 1787; Marceau, soldado de 1785 á 1789 y luego capitán de guardia nacional después de la toma de la Bastilla; Pichegru, hijo de un jornalero, sargento, y cien más?

Se ha preguntado ¿qué hubiera sido Napoleón mismo, en un ejército regular, en tiempo de paz, sin la gran causa de la revolución y sin la gran pasión popular que la sustentaba? Un simple oficial indisciplinado, sin conducta, sin ortografía siquiera, que hubiera sido necesario dar de baja desde subteniente, ha sido la respuesta unánime. (*¡Bien! ¡muy bien!*)

Pero se cita el ejemplo de la Prusia: yo también lo cito. Scharnhorst, su primer organizador militar después de sus desastres de principios del siglo pasado, decía: «Es la milicia la que ha despertado en Francia y en Inglaterra el espíritu militar de la nación, y levantado un verdadero entusiasmo en favor de la independencia nacional.

«Se debería reducir todo lo que hay de superfluo en nuestras instituciones militares, todo lo que ha sido hecho para la parada, y preparar soldados exclusivamente en vista de la guerra: hacer, en fin, del ejército, un útil que que responda á lo que se le pide.»

Y fué con ese espíritu que la comisión de reorganización prusiana de 1808, á cuyo frente estaban Scharnhorst, Gneisseneau, Grollman, Gotzen y Boyen, imaginó una verdadera guardia nacional, pero añadiéndole la *instrucción obligatoria*, que se ha llamado aquí impropiamente servicio obligatorio.

Como la Prusia no podía tener más de 42000 hombres por el tratado de Tilsitt, se dividió los contingentes de reclutas en varias partes y en cuanto una de ellas estaba

se llamaba otra. En 1808 la duración de la instrucción fué reducida á *un mes*; el tiempo necesario para aprender el tiro y el orden abierto.

De tal suerte, la Prusia tenía el año 1813, 400.000 soldados, 400.000 guardias nacionales instruidos, señores, que fueron los soldados de la independencia alemana. Y si el ejemplo de una gran victoria puede servir para fundar una doctrina, como se ha pretendido, sin justicia á mi entender, en este debate, yo recordaré también que un día se encontró el ejército de la conscripción de Napoleón en los campos de Waterloo con un ejército de voluntarios ingleses, que era el de Wellington, y con un ejército de ciudadanos alemanes, que era el de Blucher, y todos vosotros sabéis que el terrible arcángel rebelde de la revolución francesa fué vencido y aprisionado en Santa Elena. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

No cito estos ejemplos para pregonar el desarme de los ejércitos, ni autorizar el abandono que se traduce en la necesidad de improvisarlo todo en la hora confusa del peligro, desde que, por el contrario, como la mayoría de la comisión, exijo la existencia de una clase militar y de un ejército veterano permanente y la instrucción obligatoria personal y universal, seriamente concebida y rígidamente aplicada;—pero sí los recuerdo para oponerme á que se destruya una institución como la guardia nacional, tan intimamente radicada en nuestra índole nacional, en nuestras instituciones y en nuestra historia militar, que ella inició en 1806 y 1807 colgando los pabellones de las mejores tropas inglesas en los templos argentinos. (*Aplausos.*)

Nuestras instituciones y nuestros ideales políticos no derivan de los pueblos militarizados del continente europeo: nuestros mayores trataron de arraigar en este suelo la semilla del gobierno propio, que se desarrolló en Inglaterra y fué transplantada por los peregrinos á la tierra americana del norte, donde ha crecido con una lozanía que constituye una forma nueva de vida para la humanidad. Ni la Inglaterra, ni los Estados Unidos, en medio de los graves accidentes de su vida, han alterado su constitución militar, fundada en la existencia de un ejército permanente de voluntarios y en las milicias como ejército de reserva; ni han alterado su concepto de que la militarización permanente de un pueblo hace perder una suma de fuerzas necesarias para el progreso del organismo



nacional, que no se compensa ni aun bajo el punto de vista de la guerra—què no se hace sólo con armas—con la mayor preparación militar. Aun en la misma Europa, el único país republicano federal que existe, la Suiza, tiene por todo ejército el régimen de las milicias y su organización militar es admirada por su solidez, su eficacia y su armonía con el sistema de la libertad política. ¿Por qué entonces hemos de romper nuestras tradiciones, sin hecho alguno que haya alterado nuestra experiencia, ni modificado los propósitos nacionales? ¿Por qué hemos de lanzarnos, una vez más, en el camino de las imitaciones, que suelen empezar en el error y acabar en el ridículo? Quien duda de que si por una alta inspiración, mañana devolviera la Alemania sus dos provincias á la Francia, inmediatamente se transformaría la situación militar de los pueblos de la Europa, en cuyo caso, dentro de la lógica de la imitación, también nosotros tendríamos que cambiar nuestras prácticas, porqué los autores originales, la Francia y la Alemania, habrían transformado las que antes imitamos? (*Aplausos*).

No! Imitemos á los pueblos grandes los medios por los cuales llegaron á serlo después de largo camino y el profundo respeto que siempre tuvieron por sí mismos y por todo lo que les fué propio. Imitar la grandeza misma y los medios perfeccionados que la constituyen, es obra de importación exótica, destinada á halagar con la apariencia, sin echar raíces ni dar semillas que la perpetúen.

Para formar el ciudadano en la práctica de las armas, no necesitamos trazar líneas de separación entre el ejército y el pueblo: nos basta con perfeccionar nuestras prácticas, instruyendo seriamente á las milicias formadas por el ciudadano, que, al tocarse la vieja generala deja los quehaceres con que ha estado fomentando la vida civil, toma las armas, forma en el cuerpo militar con sus vecinos y conocidos, y está listo para ir á defender en el combate todos los intereses sociales y políticos de que participa y cuyo conjunto constituye el sentimiento de la patria.

Y si me fuera dado hacer un voto para las nuevas generaciones militares argentinas, que bajo el hábito del guerrero se me representan como los ministros de una religión de la gloria y el sacrificio, y á las que contemplo con orgullo en sus progresos; oh! yo no miraría hacia adelante, por más que se me

motejara de retrógrado: volvería piadosamente los ojos hacia el pasado y les desearía imitaran el ejemplo de nuestros mayores cuando guerrearon con el inglés, cuando arrebataron la independencia de que hoy gozamos á los tercios españoles, vencedores de los vencedores del mundo, que entraban al combate como sus ascendientes godos gritando al enemigo el número de sus victorias; y cuando fueron al Paraguay para impedir que se propagara la planta maldita del militarismo y de la tiranía cesárea en Sud América. En todas esas ocasiones vencimos, porque la causa era buena y el pueblo fué su ejército. (*¡Muy bien! en la cámara. Prolongados aplausos en la barra.*)

He dicho. (*Se repiten los aplausos en la cámara y en la barra.*)

—Pasa la cámara á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, dice el

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión.

Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

**Sr. Lacasa**—No sin vacilación, señor presidente, voy á hacer uso de ella después de la altura á que ha sido colocado el debate por los oradores que me han precedido.

Aun siento la emoción producida por la palabra grandilocuente del orador, diputado por Corrientes, que al oírlo describir con su reconocido talento aquellas patéticas escenas de la epopeya del Paraguay, me recordaba á aquel Sheridan, aquel orador del parlamento inglés, que cuando exponía sus grandes ideas patrióticas, sentía tal conmoción en su espíritu, que quedaba bajo la acción de su propia emoción!

La elocuencia de los militares, también debo recordarla, porque siento verdadera satisfacción, como argentino, que tengamos dentro del parlamento y dentro de nuestro ejército, hombres del brillo intelectual de que han dado pruebas elocuentes los miembros de la mayoría de la comisión, así como otros distinguidos jefes, cuya competencia es reconocida por todos nosotros, y por todo el país que los ha visto prestar sus servicios.

Los civiles que me han precedido en el uso de la palabra, han traído su vasto contingente de luz en pro de la tesis que sostienen; y, en el estado

actual del debate, debiendo yo votar en contra del despacho de la mayoría de la comisión, por el mismo respeto que debo á los que lo firman y por un acto de compañerismo con aquellos que sostienen el despacho de la minoría de la comisión, vengo á agregar mi palabra modesta, pero sincera, para prestar mi concurso que, en los momentos de esta lucha de ideas debemos prestar los que patrocinamos uno ú otro de los proyectos en discusión.

Yo, señor presidente, he de prescindir, en la exposición de estas ideas, de todo cuanto tenga atingencia con la parte técnica militar; tendré mucho cuidado en ello; y si por acaso en algún momento alguna idea militar surgiese en mi espíritu, puede ser que sea movido, no por mi propia voluntad sino por el atavismo, puesto que desciendo de militares y tengo por consiguiente en mis sangre algo que les pertenece.

Me voy á ocupar de los dos puntos capitales del proyecto: del servicio obligatorio y de la parte constitucional.

Podría ser tal vez la idea primera la única que abrazara la discusión en general; pero como se han hecho observaciones en el debate en general á la constitucionalidad de los grandes principios que envuelve esta ley, tengo necesidad de afrontar este problema bajo su doble aspecto, y entonces empezaré á considerarlo como según mi criterio debe abordarse, es decir: cuál de los dos servicios es el más conveniente en el estado actual de nuestro país.

¿Cuál es nuestra situación dentro de la América?

La República Argentina, con un extenso territorio, con una población no en relación con él, pero formada por elementos de todas las naciones de la Europa, con dilatadas costas que la ponen en contacto con Europa, con un carácter nacional que ha atraído las simpatías del mundo civilizado, á tal punto que el preámbulo de nuestra constitución, que dice que esta tierra está abierta para todos los hombres del mundo que quieran habitar su suelo, ha sido realmente consagrado como una verdad, puesto que podemos decir que el pueblo argentino de hoy es formado por hombres que tienen en su mayor parte un origen casi completamente europeo; esta vinculación estrecha de todos los países del mundo civilizado con nuestra población, esta simpatía que esta nación rica y generosa ha sabido atraerse en el mundo civilizado, le ha conquistado una posi-

ción que es necesario cuidarla como la cosa más querida que nosotros podemos tener.

Todas las naciones del mundo, tanto en la Europa como en la América, han desenvuelto sus instituciones de acuerdo con la política que prima en el momento psicológico en que se legisla. Así, en Europa la paz armada, los ejércitos permanentes, el servicio obligatorio, todas las instituciones, se han producido según ese momento, y obedece precisamente á esa necesidad, el deber de legislar que tenemos nosotros en este momento.

Esa riqueza que debemos cuidar, ese desenvolvimiento natural que ha de adquirir nuestro país, que tiene todo aquello á que el hombre puede aspirar en los reinos de la naturaleza, que tiene todos los climas, todas las latitudes, todo lo que es necesario para abrir sus puertas á los hombres trabajadores del orbe que quieran encontrar aquí nuevas fuentes de bienestar para asegurar su porvenir!

¿Las demás naciones de Sud América se encuentran en el mismo caso? Quién sabe! Cuando se tiende una mirada sobre el mapa de la América, inmediatamente se da uno cuenta de lo que es ella, de las naciones que la rodean y dónde está el peligro. ¿Cuál es el peligro de nuestro país? El peligro de nuestro país está... no podemos determinar en un punto, porque la discreción política y de gobierno nos impide hacerlo. Tendamos una mirada hacia el mapa y veremos dónde está la necesidad de la lucha; la lucha que hoy en día en el mundo es lo que prima, y la lucha por la existencia es lo primero que debemos cuidar como nación independiente. (*Muy bien.*)

Dada esta situación, he creído siempre que la primera preocupación del honorable congreso debía ser prepararse para tener los elementos necesarios, indispensables á esta necesidad política, que podemos llamar esencial, porque así como es necesidad esencial del organismo la respiración para las funciones primordiales de la vida, lo mismo son para una nación poderosa como la nuestra, órganos esenciales de su existencia un ejército y una escuadra poderosos, que aseguren su independencia y el respeto de las demás naciones de América.

Señor presidente: son necesarios estos elementos de fuerza que indispensablemente deben tener las naciones—porque no se vive hoy bajo las doctrinas de Grocio, de Fiori ó de los trata-

distas del derecho público internacional, puesto que son teorías muy bellas, que no se ha podido implantar, habiéndose desvanecido también todas aquellas utopías del arbitraje internacional que respondían para resolver las grandes cuestiones internacionales,—porque el crecimiento de las necesidades, el crecimiento de la lucha por la vida, han ido aumentando esta necesidad imperiosa de los pueblos de tener elementos fuertes para sostener su propia existencia. Por eso la República Argentina ha hecho toda clase de sacrificios para tener una armada que hoy responde á esas necesidades y que es saludada como la verdadera garantía de nuestra independencia respecto de las costas y de todo avance del exterior. Nosotros debemos, pues, aspirar á que el país tenga un ejército que afiance la paz y que lo prepare para la guerra, como se ha dicho muy bien por los señores diputados que me han precedido.

Yo entiendo que el sistema que mejor responde á esa necesidad de nuestro momento actual, de nuestro momento psicológico, es el del ejército permanente en forma de servicio obligatorio, y como soy un convencido de este sistema, voy á prestarle mi voto.

En esta cuestión voy á huir de los autores militares, que no conozco, porque así como en las materias que yo entiendo, sé muy bien lo que decía á su cliente aquel abogado que tenía dos bibliotecas: con esta lo defiende y con esta otra lo condena, sé también que en todas las ideas en lucha hay autores en pro y autores en contra, y como no quiero que se me tome una cita de autores citándome otros en contra, voy á tomar las cosas como se han producido en esta cámara, tomando como verdaderos los autores que considero tales: los militares de nuestro país, que en su materia son para mí suficientes.

Y entonces, si yo tengo en este momento el sentimiento de no pensar como los distinguidos militares de esta cámara que se oponen al servicio obligatorio, que establece la minoría, en cambio me amparo de otros autores, de otros militares de mi patria, es decir, de los autores que citaba el señor ministro de la guerra. Y digo: tengo todos estos autores contra todos estos otros, autores vivos, llenos de servicios y de méritos, y que cada uno acepta según las ideas que sostiene. Yo acepto, pues, estos autores en mi favor.

Considero, señor presidente, que con

el servicio obligatorio tenemos el ejército más vinculado, más fuerte, porque es la ley de la democracia, de la igualdad de los hombres, de la igualdad de los deberes, como ha establecido muy bien la constitución. Esta ha dicho: el ciudadano argentino tiene el deber de armarse en defensa de esta constitución, de la patria y de las leyes; y al establecer esto como una carga, no hay cosa que pueda retemplar más el espíritu de ese ejército, que el sentirse con sus iguales, que en este caso es la regla dominante, la regla que debe ser la única para un pueblo regido por instituciones democráticas.

Ahora bien; este ejército, con relación al pueblo ¿es conveniente, como institución, para su mejoramiento, para proporcionarle su bienestar, que es otro de los objetos que debemos tener siempre en cuenta? Vamos á verlo.

¿Cuáles son los medios de que se vale la nación en la actualidad para que nuestra juventud sea fuerte y vigorosa? Yo no los veo. Yo deseo esta ley para que los argentinos todos adquieran el desenvolvimiento físico, el temple de alma y las fuerzas necesarias para que se moralicen dentro de la sociedad, para que sean útiles á su país, con esa fortaleza que se adquiere dentro del ejército.

Señor presidente: el ejército se ha de componer de los hombres de la ciudad y de los de la campaña. El hombre agreste, de hábitos libres, de la campaña, al someterse por seis meses á la vida organizada y disciplinada del ejército; ha de suavizar su modo de ser, y esa cultura general del ambiente en que actúa, ha de colocarle en una situación ventajosa, y el hombre de las ciudades, arrancado en esa edad peligrosa de los veinte años á las diversiones y á las fiestas que traen la molición, adquirirá lo que quizá le falta, que es esa rígida disciplina moral, de obediencia y de respeto, que le hará conocer también los deberes que tienen para con sus padres y para con la patria.

Es dar una verdadera ponderación al hombre, que es el primer elemento del ejército, y buscar constituir un gran poder para el país.

**Sr. Capdevila**—¿Me permite una aclaración el señor diputado?

**Sr. Lacasa**—Sí, señor.

**Sr. Capdevila**—Es para hacer notar sencillamente esto: que el único argumento que se ha hecho en esta discusión por parte de los sostenedores

del servicio obligatorio—lo hizo primero el señor diputado por Buenos Aires, lo expresó en seguida el señor diputado por Entré Ríos, lo tomó el señor ministro de la guerra por activa y por pasiva y ahora lo repite el señor diputado por Buenos Aires—es que el servicio obligatorio ha de ser una gran escuela de moralización pública; pero ninguno de los oradores lo ha demostrado.

**Sr. Lacasa**—Voy á demostrarlo.

**Sr. Capdevila**—En los ejércitos europeos, constituidos por el servicio obligatorio, la disciplina militar es una consecuencia de la disciplina social; y nosotros queremos someter á la juventud argentina á la disciplina militar con la esperanza de que la disciplina social sea su consecuencia. La disciplina social no se alcanza sino por la educación nacional; no por el militarismo ni por el servicio obligatorio, como dice el señor diputado. (*Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Falcón**—Es que no han abierto más que una sola biblioteca, como dice el señor diputado! (*Risas. Aplausos.*)

**Sr. Lacasa**—Me felicito de haber permitido al señor diputado que me interrumpiera, porque le ha valido una manifestación de simpatía, y tengo siempre el mayor agrado de que mis compañeros de cámara obtengan estas demostraciones; pero á mi vez, como no tengo gran facilidad en la palabra ni la elocuencia de muchos señores diputados, voy á pedir á mis honorables colegas que no me interrumpen. No soy más que uno de tantos modestos miembros de esta cámara que no tiene la pretensión sino de cumplir un deber de compañerismo con los que sostienen estas ideas. (*Aplausos.*)

Veamos si este argumento, que voy á presentar á la cámara, tiene la deficiencia del anterior.

Un pueblo formado de elementos étnicos que, como lo dije al empezar, trae en su conjunto la manifestación del patriotismo de los pueblos originarios, necesita formar el alma nacional, porque todos estos ciudadanos, que son hijos, unos de italianos, otros de franceses, otros de otros pueblos, que nos favorecen con su trabajo, con sus esfuerzos, en todos los aspectos de la civilización, necesitan fortalecer su espíritu en la cuestión nacional.

¿De qué manera puede hacerse esto, señor presidente? De dos maneras. La primera es la escuela. Por eso los hombres que dirigen la educación común obligatoria, regida por el estado, dedi-

can todo el mes de mayo á hacer enseñar y cantar en los colegios el himno nacional, día á día, para que los hijos de extranjeros se acostumbren á saber que son hijos de San Martín y Belgrano y que deben respetar y defender á la patria en los momentos de peligro.

Sí, en la escuela se adquieren esos hábitos; pero es necesario también que en la edad mayor se continúe esa obra, porque de otra manera nunca habremos formado del todo un pueblo en el sentido que hablo.

Yo quiero que este pueblo tenga una sola alma, un solo espíritu, y que las colonias que se formen en él sean para defender las instituciones del trabajo y de la industria, de los intereses que nos son comunes bajo el punto de vista de la civilización; pero no colonias, como decía Sarmiento, italiana, francesa, inglesa, con su pabellón propio dentro de nuestro país. Es esto lo que yo no quiero; y por eso voy á votar por este proyecto, conceptuando que, según mi modo de pensar, aunque tal vez esté equivocado, de esta manera contribuyo, desde la banca que ocupo, á cumplir uno de los deberes que me impone la constitución. (*Muy bien!*)

Otra de las razones que me inducen á votar por este proyecto es que el ejército se va á formar de ciudadanos. Parece una cosa trivial y sencilla que el ejército se forme de los ciudadanos; pero, para mí, conociendo la historia de este país, significa el triunfo más grande de la civilización que los ciudadanos tengan en su mano las armas para defender la patria y la constitución, como esta misma lo manda.

Este deber que nos impone la constitución, de defender la patria, es tan grande que nosotros, en todos los momentos, lo palpamos y lo sentimos.

¿Qué gobierno, en nuestro país, se atrevería á hacer un acto de despotismo teniendo un ejército compuesto de ciudadanos? Yo pregunto á los hombres de ideas más liberales, que han ido á todas partes á defender sus creencias, si tendrían temor de un ejército compuesto de conscriptos? Esos hombres de pasiones generosas, de ideas levantadas, no han de poder decirme que ese ejército sería un peligro para las instituciones y para el país.

Se dice: ese ejército no tendrá disciplina.

No: es que los hombres conscientes saben muy bien lo que son los deberes para con la patria, saben muy bien lo



que mandan las leyes y la constitución, y saben lo que es contrario á los intereses bien entendidos del país, porque en países que, como el nuestro, tiene una prensa celosa de los altos intereses de la nación, que vigila los gobiernos, que cuida todos sus actos, presentándolos al pueblo día á día, los ciudadanos tienen conciencia de sus derechos y de sus deberes.

Este ejército de ciudadanos, proyectado por el poder ejecutivo, me llena de satisfacción, porque es la prueba más clara de que el gobierno sigue inspirándose en los altos sentimientos de respeto á la opinión pública. Sin ese ejército ¡quién sabe cuántas cosas hubiéramos tenido que lamentar!

En estas cosas soy muy sincero, y me felicito mucho de que el ejército se componga de esta manera, que garantiza el respeto de las instituciones y los anhelos de la opinión.

Para corroborar mis palabras ¿qué es lo que dice nuestra historia, á este respecto? ¿Qué es lo que se ha buscado desde los primeros tiempos? Se ha buscado dominar los espíritus agitadores para formar esta República federal; después, la necesidad de fortalecer los gobiernos nacionales; y Sarmiento, que tenía bien arraigada la idea de nación, llevada á un grado excelso, y que trató de implantarla con su talento portentoso y con su energía de estadista, quiso llevar hasta el último habitante de la República la idea de lo que significa la nacionalidad.

Desde entonces ha sido necesario, y se ha hecho por los gobiernos, una organización militar para mantener siempre esta tendencia de los ejércitos en el sentido de robustecer la nacionalidad robusteciendo el gobierno nacional.

Pero, señor presidente, todas las cosas van pasando por esta evolución tranquila que impone la cultura y el progreso y vamos llegando á un momento en que los gobernantes, dándose cuenta de su alta misión, van buscando la concordancia con la opinión pública y el modo de inspirarse en ella, porque saben que no hay fuente más santa y respetable que la de la opinión. Allí van á buscar los gobernantes actuales su fuerza; y yo que sé lo que son todos estos países latinos, digo: es preciso que este pueblo se acostumbre á respetarse á sí mismo respetando las instituciones que crea para su gobierno.

Por eso es que imbuido por estas ideas y por ese respeto que tengo á las

instituciones de mi país, voy á votar por el proyecto de la minoría.

Otras de las razones que convergen á formar mi juicio es ésta: tengo por la educación común una inclinación constante de mi espíritu. Muchos años he vivido consagrado á ella en la forma modesta en que he actuado, y siempre he visto en ella una de las grandes esperanzas de la evolución que se está produciendo.

Hace veinticinco ó treinta años se inició en este país la idea de educar al pueblo obligatoriamente, de difundir la educación común; y precisamente vamos á implantar esta ley cuando ya se empieza á sentir los beneficios de ella en todas las clases de la sociedad, no con la extensión que desearíamos para todo el país, pero sí con la relatividad de las cosas, como podemos hacerlo dentro de nuestros medios, de nuestra capacidad económica.

Algunas veces, señor presidente, en esta costumbre que tenemos de sentir admiración por los demás pueblos, á mis compatriotas les oigo decir: nosotros tenemos en América una Prusia. Yo he estudiado las instituciones de América y algo he estudiado de las de Prusia.

¿Dónde están esos prusianos? Porque para comparar con los de allá, de la Europa, hay que tomar un elemento que es compañero de la instrucción: el servicio obligatorio. La Alemania tiene dos grandes cosas que imitarle: la educación común, en la que está á la cabeza de todos los pueblos y las instituciones militares. Entonces esta cuestión de la educación común está estrechamente vinculada al servicio obligatorio y no hay tenor alguno de que se nos presente una Prusia, porque la Prusia susodicha está dividida en aquella forma antigua de los patrones y los inquilinos, de los patrones y de los rotos. *(Muy bien! Aplausos.)*

Con la masa de analfabetos que tienen allí, que no se trata de disminuir, es imposible llegar á la reorganización de una Prusia americana.

Este es un estudio modesto que creo merece respeto.

Creo recordar que al fundar su dictamen la mayoría de la comisión, había manifestado que, bajo el punto de vista económico, sería muy perjudicial el servicio obligatorio, porque cada hombre, sacado del pueblo y entregado al ejército, vendría á costar alrededor de quinientos pesos, en que disminuiría la producción nacional.

Otro de los señores diputados decía, contestando al señor miembro informante, que á la edad de 20 años el ciudadano no era productor, sino consumidor.

Lo repito, para que se vea que no tomo el argumento de los que me han precedido en el uso de la palabra, y porque, á mi juicio, también concurre á la demostración que voy á hacer.

Yo preguntaría si es verdad que cuesta quinientos pesos ese hombre, cuando, por otra parte, el elemento productor en nuestro país es extranjero en su mayoría, ¿cuánto ganaría el país con un ejército, como yo conceptúo que es el del servicio obligatorio, un ejército que afiance la paz?

¿Podemos calcular, señor presidente, los inmensos beneficios que va á reportar al país el afianzamiento de esa paz, siempre oscurecida en el horizonte por rumores, aunque lejanos, para el elemento extranjero? Nuestro país, que hasta hace pocos años tenía una inmigración portentosa, que inundaba nuestros pueblos, que hacía mover á las industrias y promovía toda clase de adelantos, ha sufrido de un tiempo á esta parte una detención, hecho que puede comprobarse con la simple lectura de las estadísticas, que son alarmantes en este sentido; y yo digo: el día que se tenga un ejército que afiance la paz y una escuadra que la hagan incommovible, ¿se puede calcular los beneficios enormes con que se va á recompensar á nuestro país, cuando lleguen, en compensación del sostenimiento del ejército con el servicio obligatorio, cuando lleguen 500,000 hombres que vayan á poblar esas desiertas regiones del sur, que están pidiendo á gritos población para explotar sus riquezas? Yo afirmo que estará completamente correspondido el beneficioso sacrificio que se hiciera, desde el momento que aumentaríamos enormemente la riqueza nacional en la industria y en el comercio. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

Ahora, señor presidente, viniendo á los pueblos que podemos tomar como modelo, no creo como el señor diputado Sánchez, que nosotros debamos imitar ciegamente á los Estados Unidos. Tenemos mucho que imitarles, indudablemente, porque es una nación muy adelantada y muy civilizada; pero nosotros nos pertenecemos más, como ha dicho un ilustrado argentino, á la humanidad; tenemos que recibir de todos los pueblos aquello que es adaptable á nuestro porvenir, á nuestra civilización y á nuestra cultura, y en-

tonces, ¿cuáles son los pueblos que debemos imitar? Yo no voy á tomar autores, ya lo he dicho, ni voy á hacer citas. Tomaré, como demostración de la cultura de un pueblo, la Francia, por ejemplo: la resultante de la discusión hecha en los libros y en los debates, que es la ley; porque creo que en todos los parlamentos, como entre nosotros, después de mucha discusión, siempre predomina el buen sentido de la suma de voluntades ante la cual nos inclinamos todos.

O estudiemos las instituciones vigentes en otros pueblos. La Inglaterra, por ejemplo, no tiene el servicio obligatorio; pero no hay analogía entre Inglaterra y nosotros. Inglaterra, insular, poderosa en el mar, grande en sus riquezas, poderosa siempre, puede costearse cualquier sistema, porque lo mismo puede sostener el sistema obligatorio que el de enganche, ó el que se le ocurra.

Los Estados Unidos tampoco tienen necesidad de ejército, porque, como lo ha dicho muy bien un estadista norteamericano, el expresidente señor Benjamín Harrison, en su última obra sobre gobierno y administración de los Estados Unidos: «La obra desde tanto tiempo descuidada de la defensa de las costas, se ha principiado por fin y la habilidad de nuestros expertos oficiales de artillería y de nuestros ingenieros, pondrá á cubierto muy en breve los puertos de nuestras grandes ciudades contra las flotas enemigas. Con las ciudades de nuestras costas bien protegidas por grandes cañones montados en la ribera y una buena escuadra en cada uno de los océanos, la defensa de nuestro país se hará incontrastable. No hay ejército alguno que, transportado desde Europa, pueda penetrar lejos dentro de nuestro territorio.»

Entonces quiere decir que los Estados Unidos, según la opinión de este expresidente de aquel país, no tiene los peligros que tenemos nosotros. Por consiguiente, tampoco debemos imitar á los Estados Unidos en este punto.

La Suiza tampoco inclina mi opinión á imitarla, porque ¿qué es la Suiza, política y geográficamente considerada en Europa? Todos sabemos que es una pequeña nación rodeada de estados inmensamente poderosos, que para que no se apoderen de ella en un momento dado, el derecho internacional la ha neutralizado, como á la Bélgica. De manera que allí pueden tener ejército en cualquier forma para los usos internos, organizán-

dose fácilmente, porque no tienen los peligros que nos amenaza constantemente.

Quedan en pie la Alemania y la Francia. Aquí sí que me seduce esto, porque precisamente tiene relación con el momento psicológico porque atravesamos. Y sin entrar á penetrar en las luchas que tengamos, dada nuestra situación en América, cualesquiera que sean los peligros que nos amenacen y precisamente porque no hemos perdido ninguna Alsacia, ni ninguna Lorena, no quiero que tengamos que recuperarla; quiero que estemos listos para que no nos suceda lo que le sucedió á Francia; quiero evitar que nos suceda aquella escena que nos pintaba tan elocuentemente el señor diputado por Corrientes; no quiero que nos sorprendan ni que maten. Y séame permitido traer un hecho que me vino á la memoria cuando el señor diputado pintaba la escena aquella. Yo recordaba al padre del señor diputado por la capital, general Capdevila, que fué tomado prisionero y que fué una de las víctimas de ese ejército. El señor Capdevila, nuestro cónsul en el Paraguay, fué tomado prisionero y sacrificado, fué muerto de hambre por orden del tirano. Yo recuerdo este hecho como un justo homenaje al sacrificio por la patria del digno progenitor del señor diputado por la Capital, que ha heredado su patriotismo.

Ahora, señor presidente, pasemos á los precedentes de nuestra historia.

Voy á tomar algunas de las indicaciones que hizo el señor diputado por Corrientes, que un todo su elocuente discurso ha traído á mi mente muchas ideas á favor del proyecto que establece el servicio obligatorio. Me sucede á mí con el talento del señor diputado, que da ideas para todos los casos, que encuentro en algunos de los sucesos que él pintaba, algo que favorece nuestro proyecto.

Es sabido, señor presidente, que el general San Martín cuando volvió de Europa... Yo quisiera tener como el señor diputado esa facilidad que él tiene, para pintar al general San Martín.

**Sr. Balestra**—La tiene en mucho mayor grado.

**Sr. Lacasa**—Yo quisiera tenerla, para pintar al general San Martín cuando llegó de Europa y se encontró con el ejército patriota. El ejército patriota había dado pruebas de su valor en los años que habían transcurrido desde la

revolución, había tenido victorias y había tenido derrotas; pero se encontraba con generales improvisados, con un ejército improvisado: el mismo general Belgrano había sido improvisado por la fuerza de los sucesos; en fin, el general San Martín que venía de Europa y que había aprendido allí, en los ejércitos europeos, que es necesario enseñar y preparar los ejércitos, lo primero que hizo fué detenerse á enseñar en la forma que decía el señor diputado, y entonces sometió hasta á los mismos generales á la disciplina y á la enseñanza.

Yo digo que lo que se hizo entonces es precisamente lo que nosotros debemos hacer ahora, tomando ese mismo argumento. El general San Martín vino y se encontró con que había lo que siempre ha habido, porque aquí llega el momento de decirlo. Yo no dudo absolutamente del patriotismo, del valor tradicional de nuestro ejército: es legendario, una cosa completamente consagrada.

Los que sostenemos el servicio obligatorio jamás hubiéramos emitido una sola palabra en contra de nuestro ejército, que es nuestra creencia, nuestra religión, que ha cuidado nuestra bandera y la ha llenado de gloria. ¡Cómo voy á consentir yo á ningún diputado, que el ejército argentino, que es uno en sus tradiciones y en sus glorias, sea menoscabado! Cualquiera que sea la resolución que se adopte por este congreso, siempre será el mismo ejército argentino, y esa solidaridad, esa unidad, esa tradición, será respetada por los que hoy vivimos y por los que vengan más tarde. Entonces quiero manifestar que los que sostenemos uno ú otro proyecto reconocemos en el ejército las mismas condiciones de valor, la misma competencia, los mismos sacrificios y la misma heroicidad; y si yo recuerdo estas escenas, es porque la cámara ha estado bajo la acción de la palabra entusiasta, vibrante, del señor diputado por Corrientes, y nuestro corazón se inflama tanto con estos recuerdos, que debemos buscar la serenidad de nuestro espíritu á fin de dar una ley que responda á los verdaderos intereses del país, dejando la historia y la leyenda de nuestros antepasados y la defensa de nuestra bandera siempre como un culto para recordarla en los días difíciles de la patria. (*Muy bien! Aplausos.*)

Decía, señor presidente, que la leyenda debíamos dejarla como estímulo y

como fuerza; pero en la actualidad no se triunfa sólo con ella.

Los franceses, cuya gloria militar no podemos desconocer, tuvieron á Napoleón, ese genio poderoso que después de César y de Alejandro recorrió victorioso la Europa. Las batallas de Austerlitz y todas esas que se han recordado siempre con exactación, hicieron creer al pueblo francés que era imposible que lo vencieran, y el año 70 fueron derrotados á pesar de todos los entusiasmos que enardecían al pueblo, que gritaba en las calles de París: A Berlín, á Berlín, que el triunfo es nuestro!

Yo no quiero eso para mi país. Marchemos despacio, preparémonos sólidamente, que ya llegaremos donde tengamos que llegar (*Muy bien! Aplausos.*)

Yo admiraba ese amor patrio argentino, criollo del señor diputado por Corrientes; un amor criollo tan clásico, y tan admirable que se me ocurrió el pensamiento de un notable escritor argentino, del señor Estrada, autor del derecho constitucional y de historia nacional: En los tiempos de Moltke no podrían pelear los Bayardos. ¿Por qué? Porque es necesario que á esos Moltkes y á esos Bayardos nosotros los pongamos en condiciones de que puedan pelear con arreglo á los adelantos de la época.

Es esto lo que me deside por el proyecto del poder ejecutivo, y si los señores miembros de la comisión me hubieran convencido de que su idea se podía realizar con el éxito que considero necesario, les aseguro que hubiera dado mi voto por su proyecto, porque no busco en este debate sino aquello que pueda contribuir á consolidar en América nuestro triunfo definitivo.

Ahora voy á ocuparme de la argumentación de carácter constitucional que se ha hecho valer en contra del proyecto de ley del poder ejecutivo, creyendo que si se sanciona habremos atacado las facultades más esenciales del régimen federativo de gobierno. Si tal cosa hubiera visto, de ninguna manera habría inclinado mi opinión en favor de este proyecto; pero sucede que, estudiado el régimen constitucional, no encuentro esa violación, y, muy al contrario, encuentro admirable este pensamiento de hacer del ejército de línea un ejército nacional, comprendiendo en él á los ciudadanos hasta los 28 años.

Muchas veces he pensado en esta deficiencia de nuestra organización militar, no bajo el punto de vista técnico,

sino de la práctica de los que hemos tenido que intervenir en el cumplimiento de estas leyes; y, entonces, me decía que era necesario buscar algo que hiciera vivaces las instituciones, para que se realizara lo que ordena el preámbulo de nuestra constitución, es decir, la defensa común. Y entonces, cuando tuve conocimiento de este pensamiento del señor ministro, me sedujo, porque me dije: este es el punto de apoyo de la palanca. (*Muy bien!*)

Es que con esto se va á hacer un ejército nacional, precisamente por lo que decía el señor general Reynolds: que no solamente estas reservas, sino aun las otras, deben ponerse bajo las órdenes del gobierno general.

Y aquí llamo la atención á los señores diputados: todos sabemos lo que ocurre en nuestras respectivas provincias, lo mismo que decía el señor diputado por Corrientes: ¿de quién han procedido las mayores deficiencias ocurridas en la conscripción? De las provincias. ¿Por qué? Porque los sorteos, que tanto le llamaban la atención al señor diputado, eran hechos por las provincias; eran los sorteos hechos por los comandantes militares, que no miran esta cuestión del punto de vista sereno y patriótico de que es mirada desde este recinto, sino del punto de vista del caudillo, del punto de vista político, del interés inmediato, sin ver que no hay política ni caudillo, ni interés inmediato ante un interés tan grande como el de la patria. (*Muy bien!*)

Pensando en estas cosas, me he dicho: la cuestión es bucar una fórmula dentro de la constitución. Vamos á buscarla, porque como muy bien lo ha dicho el joven é ilustrado diputado doctor Demaría, es necesario muchas veces estirar la constitución para que ella no se rompa. Yo no creo que sea necesario estirla, porque cabe holgadamente dentro de ella el sistema proyectado por el poder ejecutivo. (*Muy bien!*)

La cuestión constitucional hay que estudiarla con aquel criterio sereno á que Estrada se refería, recordando la frase antigua: la letra mata y el espíritu vivifica.

Pero en este caso no mata la letra, porque no prohíbe; y el espíritu está tan grande, tan claro y tan adecuado al proyecto en cuestión, que nos abre una puerta para que podamos sancionar este proyecto con toda tranquilidad de conciencia, sin que violemos en lo más mínimo este librito sagrado (*nuestra*



constitución) que hemos jurado respetar al incorporarnos á esta cámara.

Remontándonos á la verdadera interpretación constitucional, debemos buscarla en la fuente del derecho público de nuestro país, porque la fuente de la historia, como dice muy bien Estrada, es una verdadera interpretación de la constitución.

Esta constitución es un instrumento de vida para la nación.

Las cartas antiguas de los ingleses, ¿cómo se fueron haciendo? ¿Cómo fué adquiriendo el pueblo estos derechos?

En esta forma. En tiempo del feudalismo fueron arrancando cartas que encerraban franquicias y libertades para los hombres: esas cartas las daban los señores feudales. Creciendo el derecho del pueblo, llegó un día en que la Inglaterra se le presenta á Juan Sin Tierra, en el siglo XIII, y le dice: «Quiero la magna carta de las libertades públicas,» y Juan Sin Tierra, preso de la opinión, pública firmó y juró respetar esa carta. Después, dice el historiador, se revolcaba en la impotencia, porque no podía ser autócrata.

Esa carta fué aumentada más tarde con la declaración de derechos de la gran revolución de Inglaterra, que llevó al poder á Guillermo III de Orange, y el derecho público inglés formó las bases de su *common law*, que sirvió de interpretación al nuevo derecho público de la América.

Los que vinieron á los Estados Unidos, pasaron á poblar esas vastas comarcas trayendo aquel tabernáculo, que colocaron con todas sus libertades para desenvolverlas allí. Ellos traían la tradición y la libertad que eran inseparables de los ingleses. Establecieron sus colonias. Las colonias se desenvolvieron rápidamente con todas sus leyes y hábitos de libertad, pequeños parlamentos, organización de propio gobierno; en fin, todas las instituciones trasladadas de la madre patria tenían su remedo en una forma más pequeña. No había ningún motivo de unirse entre las colonias que se formaron; pero llegó un día en que el peligro de otros colonizadores franceses los amagaba, y entonces ellos se unieron para defenderse contra el enemigo común, y empezó á sentirse la forma de unión entre esas colonias.

Vinieron mas tarde los impuestos de Inglaterra, y como no tenían representantes, en el Parlamento dijeron: nuestra tradición es que el que no tiene re-

presentante no pague impuesto, y, por lo tanto, no pagamos. Y, entonces surgió de esa chispa la independencia de los Estados Unidos.

Pero ¿qué sucedió? Los primeros que se reunieron formaron lo que se llamó esa confederación de estados, un sistema completamente flojo, sin solidez, que duró resistente mientras duró el peligro.

Se iba formando una nación que necesitaría una constitución mejor consolidada. Por eso se ha dicho bien: la constitución norteamericana ha pasado por tres formas: la revolucionaria, la confederada y la federal.

La revolucionaria y la federal tiene esto de común: que son verdaderos vínculos de unión.

Los americanos, espíritus prácticos y llenos de amor por su independencia, vieron que esta confederación era imposible, y entonces trataron de unirse y formar una constitución federal. He aquí lo que dicen todos los autores, Paschall, Story y los demás que se ha citado aquí: La constitución de los Estados Unidos es hecha por el pueblo para darse un verdadero gobierno nacional; de manera que difiere esta constitución de todas las otras cartas anteriores. Es decir: que es una carta que establece todos los poderes mandados por el pueblo para su bienestar y para su seguridad.

Esta constitución norteamericana no puede tener, señor presidente, sino los objetos fundamentales que ella en su preámbulo explica, y, como primer objeto existir, porque no se puede atribuir á ese gobierno, que ha recibido el homenaje de toda la humanidad civilizada, la creencia de que pueda haber inventado una constitución que le prohíba defender su existencia.

No es posible que sea así, porque el primer derecho que tiene un pueblo es el de la existencia, y ese derecho lo tienen también los poderes creados por la constitución, y cuando no están escritos, surgen del derecho mismo. Y, entonces, se ha dicho ¿cuál es el primer derecho que tiene un parlamento? La existencia.

Si un poder de los que componen el estado tiene el derecho de la existencia, la constitución, establecida por la voluntad del pueblo, tiene necesariamente, en primer término, que cuidar su existencia, y á este fin responden los claros conceptos del preámbulo de la constitución americana, como responden también todas las disposiciones generales que ella contiene.

Se dirá, señor presidente, que los Estados Unidos no han hecho uso de esta facultad; pero ya se ha citado una ley: en el caso de una cuestión interna, la ley del 63; pero allá van más lejos, á todos los desenvolvimientos paulatinos á que los impulsa el progreso y la expansión del país.

En la armada han ido haciendo su organización militar, y si bien es cierto que no han hecho uso de la conscripción todavía, según dice el señor Harrison, ya les están entregando los buques viejos á los pueblos costeros para que se vayan acostumbrando á las faenas del mar, y como es sabido que en los buques viejos no se pueden aprender sino ciertas cosas, ya llegará el turno de que sean llamados á la conscripción, á fin de que se perfeccionen ó aprendan lo demás, como sucede con nuestros conscriptos de la marina, es decir, que ellos poco á poco llegarán al desenvolvimiento natural de su marina.

Y son tan nacionales los norteamericanos en esta materia y favorecen tanto su constitución estos asuntos de interés general, que, como dice el mismo autor, — y aquí se refiere á las interpretaciones de la constitución norteamericana que se han recordado en esta cámara— si á nuestros antepasados se les hubiera ocurrido que se ataran los carros unos detrás de los otros y hubieran pedido una ley por la cual á todo hombre que interrumpiera el tráfico, se le condenara por la nación, todos hubieran dicho: ¿qué se va á meter la nación en el movimiento de los carros? ¡Naturalmente! Pero, precisamente, ahora ha llegado el momento de que el adelanto progresivo ha hecho nacer los ferrocarriles, que son los carros atados unos detrás de otros, y nadie se permite dudar de la jurisdicción federal en estas materias.

La constitución tiene conceptos generales, dentro de los cuales pueden desenvolverse todas las instituciones, todos los progresos, todas las iniciativas, y así lo comprenden perfectamente los norteamericanos al amoldarse á las exigencias de la actualidad. Una constitución no puede contener sino declaraciones de carácter general para que el pueblo no muera, para que pueda ir desenvolviéndose, y como el mundo marcha día á día, no podemos decir: esta es la última palabra, porque mañana será otra.

Nuestra constitución, señor presidente, que tiene como he dicho antes, esta

tradición, tiene esta fuente de interpretación que la favorece, tiene disposiciones concretas, que voy á limitarme á citar para no ser muy extenso; pero que voy á recordar, aunque han sido algunas muy repetidas, porque es bueno recordarlas, en la parte que son pertinentes.

Entre las declaraciones y derechos, se encuentra el deber de armarse en la defensa de la patria.

El artículo 44, da á la Cámara de Diputados exclusivamente la iniciativa de las leyes sobre reclutamiento de tropas y contribuciones. Es decir, las dos leyes substanciales del régimen democrático federal. Dos atribuciones que de la cámara de los comunes de Inglaterra pasaron á Norte América, por medio de una prescripción análoga á ésta. Son las dos grandes cuestiones suscitadas entre ingleses y norteamericanos: la cuestión económica y la de contribuciones de sangre son las dos grandes cuestiones que han revolucionado á los pueblos, tanto á Inglaterra como á la Francia, lo mismo que á todos los pueblos civilizados modernos.

Esta disposición, pues, le da á la Cámara de Diputados la iniciativa en estas leyes, lo que prueba que está dentro de nuestras facultades establecer la forma del reclutamiento obligatorio.

El artículo 67 inciso 24 de la constitución, que trata de las atribuciones del Congreso, y que se ha citado también, tiene dos partes, y aquí voy á hacer una pequeña insinuación respecto de esta cláusula.

Dice el inciso 23: «Fijar la fuerza de línea de tierra y de mar, etc.» El 24: «... Disponer la organización, armamento y disciplina de dichas milicias y la administración y gobierno de la parte de ellas que estuviese empleada en servicio de la nación, etc.» Y después viene la segunda parte que dice: «... dejando á las provincias el nombramiento de sus correspondientes jefes y oficiales», etc.

Esta cita la hago para significar cómo es que siempre ha habido en el pensamiento de nuestros constituyentes la idea de formar una entidad general que estuviese bajo la denominación de ejército para hacer efectivo lo que es un objeto de la constitución, es decir, la defensa común.

Hay más: el artículo 108, que se refiere á las provincias y que ha sido citado también.

Esta disposición es prohibitiva: prohíbe á las provincias levantar ejércitos.

De manera, pues, que queda establecido, de una manera completa, según las disposiciones contenidas en este libro, que la organización del ejército nacional, en todo lo que atañe á la defensa común, corresponde pura y exclusivamente á las autoridades de la nación.

Creo, pues, que, buscando la fuente interpretativa de la historia de los países de donde hemos copiado nuestras instituciones, se puede perfectamente, como decía, enmendar el proyecto presentado por el poder ejecutivo sin que se viole absolutamente ninguno de los artículos de la constitución.

Ahora bien: se ha tenido en esta cámara muchos recuerdos para el ejército; yo también quiero tener una palabra para él, porque en el fondo de mi alma de argentino existe la gran gratitud por aquellos que tienen el gran mérito, la gran cualidad de la abnegación, es decir, por aquellos que en todos los momentos están dispuestos á sacrificar su vida, que es lo más grande que el hombre tiene, en holocausto de esta idea, de este sentimiento tan grande, que es el amar á la patria.

Creo que los que antes han estado al frente del ejército, teniendo que instruir y disciplinar aquellos destinados, que iban á regenerarse al ejército, que después eran muy buenos soldados, que servían tan bien como decía el señor diputado por Buenos Aires; esos jefes, esos oficiales, que son hoy nuestro orgullo y nuestro honor, han prestado los más grandes servicios, tales como no se prestan ahora. ¿Por qué? Porque ellos tomaron el elemento más difícil, más inculto, elemento que corregían sacándolo del mal camino, pues cuando se destinaban de las cárceles para llevarlos al ejército, esos jefes y esos oficiales, con su energía y su patriotismo, les han inculcado ideas morales á esos hombres, y entonces resulta que la idea regeneradora que han realizado es grande para la patria.

De manera que teniendo estas ideas, en ningún caso podía pensar que el ejército argentino perdería en su tradición ni en su gloria cuando venimos á sostener un pensamiento que á nuestro juicio envuelve un progreso y un adelanto de la ciencia aplicados á la seguridad y á la grandeza de la nación!

**Sr. Salas**—Pido la palabra.

**Sr. Balestra**—La hora es muy avanzada y yo haría moción para que pasáramos á cuarto intermedio.

**Sr. Castellanos (J.)**—Y podría quedar con la palabra el señor diputado por Mendoza.

**Sr. Presidente**—La sesión podría continuar si los señores diputados no tuvieran inconveniente, aunque no hay número para votar.

—Asentimiento.

**Sr. Presidente**—Tiene la palabra el señor diputado.

**Sr. Salas**—Declaro, señor presidente, que estimulado por la actitud del señor diputado por Buenos Aires, me he decidido también á fundar mi voto, anticipando desde luego á la cámara mi decidido propósito de no distraer su atención sino por muy breves instantes. La humildad de mi palabra así me lo exige si es que quiero conseguir no hacer fatigoso el debate.

Me propongo únicamente expresar mi pensamiento, ó más bien dicho, enumerar las razones que deciden mi voto en favor del proyecto de la mayoría, no obstante tener mis simpatías por el servicio obligatorio, aun en todas sus exigencias, y el cual ha podido tan fácilmente encarnarse en pueblos de la vieja Europa, que difieren, en mi concepto, del nuestro, por sus tradiciones, educación y hasta costumbres sociales.

Pero, señor presidente, si aun en la actualidad tenemos el servicio obligatorio en las dos formas: la una, que en el curso de este debate, por unos y otros se ha confesado que se viene aplicando mal, y la otra, que no se aplica de ninguna manera, no obstante que es la más antigua y que, á mi juicio, podría dar de golpe más de 40.000 soldados para nuestro ejército de línea, llámame altamente la atención que sea con esta experiencia con la que el poder ejecutivo viene á pedir al Congreso aún más servicio obligatorio. (*Muy bien!*)

Por otra parte, si dirigimos la vista sobre el espectáculo que presenta nuestro país en la actualidad, creo que todos estaremos de acuerdo, ó que estamos desde luego de acuerdo, en la evidente escasez de brazos que se siente para el trabajo en toda la extensión de nuestro riquísimo suelo, no obstante que el trabajo ha sido siempre lo que ha elaborado con más eficacia la grandeza de los pueblos, como los Estados Unidos, que es hoy de los que más se respetan por todas las potencias del mundo.

Yo me digo, señor: si militares con experiencia, talento y energía, y hasta patrio-

tismo, que no podemos poner en duda, nos presentan un proyecto por el cual se distrae al ciudadano de su hogar y de sus tareas por el minimum de tiempo posible, y nos dicen que eso no más necesitamos para afrontar sin zozobras el más grave conflicto exterior, yo pienso que no es el caso de vacilar para aceptarlo inmediatamente, tanto más si hemos de tener en cuenta las seguridades que el poder ejecutivo, por boca del señor ministro aquí presente, nos ha dado sobre los buenos caminos en que marchan nuestras cuestiones internacionales pendientes.

Y esto, pues, sentado ¿por qué hemos de aceptar lo más violento?

Que en el curso de este debate no ha conseguido demostrarse, ni aun por el procedimiento científico del señor diputado por Córdoba, que aquello sea más conveniente, sobre todo, si desde luego sabemos que lo violento, repugna indudablemente al espíritu de nuestra sabia constitución.

No he de ratiocinar tampoco sobre la parte técnica y profesional de este proyecto, porque comprendo que, de mi parte, ello importaría, más que un atrevimiento, sobre todo después de haber escuchado el luminoso discurso del señor miembro informante de la minoría, como los que han pronunciado los distinguidos profesionales que han debatido este punto, haciendo, en mi concepto, hasta derroche de sus conocimientos sobre el particular.

Son las reflexiones que me ha sugerido este mismo debate, el conocimiento, aunque imperfecto, que tengo de nuestro país, de nuestros hombres de gobierno, de nuestras costumbres, de nuestros hábitos y de las prácticas que en lo militar hemos venido observando ó ensayando, como de los resultados que ellas nos han dado hasta ahora, lo que efectivamente me ha inducido á aceptar como bueno el proyecto tan brillantemente auspiciado por la mayoría de la comisión de guerra.

Yo bien sé que no es de guerra la tradición de este país; que el anhelo nacional argentino, á mi juicio, ha sido siempre el engrandecimiento de la República por el trabajo, la libertad y la justicia; y mientras hayamos de mantenernos en tan grandes como nobles tradiciones, yo tengo entendido que no podrán cumplirse de ninguna manera las exigencias del servicio militar obligatorio en otros casos que los supremos

previstos por nuestra constitución nacional. En tanto, pues, que yo tenga el convencimiento de que una ley militar argentina no ha de ser cumplida por igual por todos y que, aun para los que se propongan no eludirla, ella será despareja, porque unos podrán resistirla y otros no, según que la voluntad de los que mandan les designe un lugar más ó menos difícil ó penoso para cumplir el servicio, entiendo que estoy en el deber, como legislador, como miembro de este parlamento, de oponerme, en cuanto pueda, á su sanción; y esto sin considerar mayormente aquella desigualdad odiosa que significa el personero que propone el poder ejecutivo y que, indudablemente, importa contribución de dinero para el rico y de sangre únicamente para el pobre. *(¡Muy bien!)*

Pero, yo he visto, aun en una de las provincias donde se tienen más tensas las fibras del patriotismo, una buena parte de sus conscriptos tratando de eludir su servicio; y han pasado por mis manos gran número de solicitudes de excepción militar, en las cuales declaro que la mayoría de las veces mis pobres conocimientos profesionales no han encontrado justificado defecto físico alguno.

Pero á pesar de todo, en mi deseo de ser justo y para terminar, quiero tributar mi humilde elogio al señor ministro de la guerra por la consagración y energía que ha revelado en defensa de su proyecto, manifestándole al mismo tiempo, con cuánta más satisfacción aplaudiría yo al poder ejecutivo iniciativas tendentes, no ya á organizar el ejército, pero sí á dilatar el comercio, á agigantar la industria, á extender los ferrocarriles, á establecer nuevos puertos, á fortalecer nuestro crédito, á colonizar nuestra frontera, á multiplicar las escuelas, á centuplicar la inmigración y mejorar la justicia. Así se complementaría nuestro poder como pueblo, y así es como yo entiendo que habíamos de asegurar sobre bases muy sólidas el respeto por nuestras armas, por nuestra bandera y nuestro nombre en toda la extensión de América.

He dicho. *(Muy bien. Aplausos.)*

**Sr. Presidente**—No habiendo número en la casa, y no pidiéndose la palabra por ningún señor diputado, se levanta la sesión.

—Se levanta la sesión siendo las 6 y 50 p. m.